

PRÓLOGO

Me llena de responsabilidad escribir acerca de un libro postumo en el que su autor puso no solo todo su esfuerzo creador y lo mejor de sí mismo, sino toda su esperanza. Esto lo he intuido al comprobar que los destinatarios de la única dedicatoria presente en el libro, la de “La tarde”, una suerte de poemaprologo, eran sus hijos y en el hecho de que el poeta lo haya dotado además de una introducción esclarecedora, tratando de ir más allá del ámbito local referido a Lebrija del que hasta ese momento se había venido ocupando en sus publicaciones, sin que ello suponga su olvido, tal como deja dicho en la referida introducción: “Este poemario no es local, ni pretende serlo, aquí hay ingredientes suficientes para sonar con aquel universo [el de Tartessos]”. Si Manuel González Pérez, nombre de nuestro poeta andaluz, no hubiera tenido una alta concepción y estima de su poemario, además de una fundada esperanza, como digo, en su interés y en su posible vida futura entre los lectores, difícilmente se lo hubiera dedicado a sus hijos José Vicente y Ana Pilar, por la responsabilidad que esto conlleva, pues viene a servir, según creo, como legado poético y vital, puesto que se trata de una indagación poética en aspectos esenciales de su identidad y cultura originarias. No otra cosa afirma en la introducción: “Excavar en busca de Tartessos, es hurgar en uno mismo buscando aquella identidad primera que nos sostuvo”. Y si no hubiera estado seguro de su valor, no se hubiera molestado en añadirle, insisto, esas palabras introductorias con las que persigue situar al lector en el camino más conveniente para la comprensión de *Tartessos. Los signos del aire* en su coherente y cerrada lógica interna. Por eso, ahora que el no está aquí para defenderse de cualquier veleidad crítica o interpretación más o menos sesgada si no arbitraria, me veo en una situación, de la que quiero hacer partícipe al lector, en la que debo extremar



la delicadeza y el cuidado lectores como cuando se trabaja con una valiosa pieza unica de fino y transparente cristal.

Pero es mas, noto a la vez un sentimiento de tristeza cuando escribo estas lineas por saber de antemano que quien diera forma a este hermoso poemario no lo pueda ver por fin editado en sus manos ni pueda percibir en su recorrido por las hojas el olor de la tinta recién impregnada. La vida da golpes secos cuando menos debe o cuando menos te los esperas. Uno de estos golpes vino a ser la muerte de Manuel Gonzalez Perez cuando el poeta estaba en plena madurez personal y creadora. Debo anadir ademas que no conocí al autor y que la primera noticia que tuve del mismo me la dio, desde ese crisol de cultura mediterranea que es Denia, mi buen amigo Pedro Ayala quien me hablo de el y de *Tartessos. Los signos del aire*, libro inedito que habia llegado a sus manos y que me ofrecio para su lectura. Pues bien, cuando lo leí quedé deslumbrado. Así es que tanto alabe como agradezca a Pedro Ayala y a los amigos del poeta su intencion de publicarlo, porque iban a llenar de vida un buen libro al ponerlo frente a los ojos de los lectores, siguiendo ademas la estela de la amistad editora despues de la muerte de tan larga vida en la historia de la literatura española como cuando unos amigos editaron en un volumen las rimas de Becquer tras su temprana desaparicion, y acepte como un honor para mí ponerle al frente unas cuantas palabras –estas– que quiero sean sobre todo de invitacion a la lectura porque, lo afirmo sin ningun genero de dudas, el libro merece la pena, pues obedece a un claro proyecto creador, procura y tiene verdad poetica, posee una elaborada articulacion y estructura y, hermosamente escrito, lo que supone aliar la belleza con la abundancia, persigue provocar un doble y sostenido efecto de naturaleza estetica y de conocimiento (poetico), tal como subrayan ademas las mas de treinta notas aclaratorias que lo enriquecen .



Del proyecto creador que esta en el origen de *Tartessos. Los signos del aire* y de su sentido nos habla con apasionada clarividencia su autor en la introduccion. A ella remito y urjo al lector a que se detenga en la misma. Sabra por estas palabras tuyas que no se trata de una suerte de poes a historica –el poeta no es un historiador, dice, sino un indagador de los sentimientos–, aunque lata una honda preocupacion en este sentido y se nombren antiquos personajes (Argantonio y Kolaios de Samos, entre otros), lugares, rios, accidentes naturales y ciudades primitivas en su dia existentes y lejano origen de algunas actuales como Fenicia, Evora, Tharsis, Nabrissa, Eriteia, Gadir, Onuba, Sexi, Colobona, Salmedina, Habis, Samos, Sinus Tartessus, Casiterides, Erytheia, Knossos, Nabrissa, Montabud y Hemeroskopeion; y mitos y deidades de los que nos queda la apretada e imaginaria esencia de sus nombres que a su modo nutren la cultura de nuestro tiempo: Noctiluca, Norax, Gargoris, Habidis, Gerion, Hercules, Venus, Atlante, Melkart y Orthos, entre otros mas. El lector sabra tambien de la *intentio auctoris* de indagar a traves de signos y percibidas realidades naturales y de cultura, presentes en cierta forma en la Baja Andalucia de su nacimiento, vida y muerte –Manuel Gonzalez Perez nacio el 24 de febrero de 1954 en Grazalema y, desde pequeno, vivio en Lebrija donde morir a el 19 de agosto de 2008, ciudad a la que ha dedicado el grueso de sus libros y cuyos cercanos paisajes, cultura y gentes estan en el origen de sus relatos, tales como *Gentes de Lebrija* (1993), *Calles de Lebrija y otros relatos* (1996), *Memoria y paisaje* (2005), ademas de *Lebrija, señales de vida*, editado postumamente por la Diputacion de Sevilla–, en los orgenes de una primitiva civilizacion, la tartessa, que alcanza nueva vida y de la que obtiene noticia a traves de signos –repare el lector en el subtulo del poemario–, referentes y realidades naturales que conforman el territorio y paisaje

meridional que muere en el Atlantico y que el de algun modo otea desde su atalaya de Lebrija. As , tal como expone, trata de internarse a traves de esos signos y con conciencia de humana soledad en la busqueda poetica de lo desconocido y de lo que hoy pueda quedar de aquella civilizacion en el aire atlantico, en las gentes “de piedra arenisca” de su entorno, en los pajaros, en el campo y su cultivo, en la ganader a y en los mismos silencios tratando de ver lo que fue y lo que es una realidad e hilvanando los suenos con la realidad percibida.

La preocupacion y tratamiento poeticos de Manuel Gonzalez Perez por este precedente civilizatorio desarrollado en nuestra tierra cuenta con un claro y concreto anticipo en prosa en su libro *Memoria y paisaje* (Sevilla, Diputacion Provincial, 2005). En el, en la pagina 16, incluye el texto “Tartessos” que, por su interes para la comprension de nuestro libro, reproduzco:

A veces, en las tardes de otono, cuando el sol lanza el postrero candilazo encendiendo los farallos de la demolida fortaleza, aquel hombre se quedaba traspuesto mirando el vuelo de las palomas cayendo asaetadas tras el entramado de chumberas colgado de los cantiles; all donde la leyenda l tica de las conchas blanquea en el bronce luminoso de las paredes de arena. En la claridad de aquellos d as de octubre refulgiendo en las azoteas de las casas, el sacaba la silla al porche y se entregaba a la *nostalgia de un tiempo lejano de velas y periplos que viviera alojado en un lugar arcano de su conciencia: un misterioso gluten mítico del cual se alimentaba* como si acudiera a un oraculo interior en aquellas tardes de brisa sentado frente a la marisma recibiendo, de la fragancia del mar que present a cerca, las ancestrales singladuras que parec a retener en la memoria. La mirada en los pa-

redones ensangrentados por la puesta era lo unico que ten a. Y en los arrecifes de nopales y avena loca cre a ver los restos de anforas que dejara el Sinus Ligustinos en su retirada. Y sent a la llamada de un tiempo enigmatico del que solo queda el resplandor de los atardeceres de otono en los acantilados de arena de un pielago de chumberas. (Las cursivas son m as, A. Ch.).

Tartessos. Los signos del aire consta de tres partes tituladas “El inicio de la conciencia”, “La traves a” y “El reino hallado”, de dieciseis, veintinueve y treinta y ocho poemas, respectivamente, que van numerados en cada una de las secciones en romano y sin t tulo, lo que nos habla de la concepcion de los mismos como teselas de ese gran mosaico final que es el libro, un mosaico que quiere representar verbalmente los resultados de una suerte de indagacion poetica a un mismo tiempo en la identidad originaria de s mismo y de una cultura de la que es consecuencia y de la que se siente depositario el sujeto poetico a traves de ciertos signos y de un espacio y sus paisajes.

La primera parte reúne poemas donde el sujeto poetico canta el proceso de su despertar a la conciencia y al mito de Tartessos. El lector es introducido por esta voz poetica en el lento paso del tiempo de su infancia, en su conciencia de la palabra y su valor, en el surgimiento de la memoria, en la conciencia de la muerte –vivido todo este proceso vital en un mundo referencial de carencia y elementalidad–, hasta llegar a la nostalgia primera de la forma m tica de un mundo misterioso cuyo nombre es Tartessos y en su autopercepcion como “el milenarismo trasiego de todas las vidas”.

Tras estos poemas de iniciacion y consciente ya de su palabra en tanto que “mineral de furia contenida” y en su afan de

la memoria, en la “La travesía”, segunda sección del poemario, el poeta propone desandar el camino entre dos abismos y ve en un hombre al mismo hombre esencial de otro tiempo, se pregunta de donde y hacia donde acuden sus pasos “molturando cada día un límpido paisaje”, desgrana las trazas de identidad en el paisaje nombrado y se pregunta por sí mismo, busca “el compás oculto de la vida”, percibe signos de un sufrimiento milenario y siente nostalgia que lo lleva al “abismal tránsito de los tiempos” y la orfandad de un mundo que se le oculta.

Por último, la parte tercera, “El reino hallado”, contiene el más alto número de poemas y de notas aclaratorias (treinta y ocho poemas, recordemos, y dieciséis notas frente a las seis que poseen las dos partes anteriores). Este hecho da idea de la continua necesidad que el poeta se impone de aclarar aspectos relativos al uso poético de personajes, toponimos, mitos y deidades de ese “reino hallado” en los signos del aire que es Tartessos y que quiere sacar del fangal de la memoria. De ahí sus continuas referencias a un lugar y tiempo primigenios en clave de imágenes telúricas. De ahí su canto de los navegantes y marinos de Tartessos y de otros pueblos que allí llegaron. De ahí la búsqueda de una civilización en los signos de una estela, el rastreo poético de un imaginado primer camino en la tierra de Occidente, el seguimiento de los pasos de personajes y de ahí que se ocupe de la muerte y desaparición de Tartessos. Esta será la parte que ocupará el centro de ese imaginario mosaico al que me he referido, la que específicamente habla de ese mundo y cultura, una parte que acaba con dos poemas-profecías que anuncian el olvido, el hastío y la pérdida de la conciencia de una identidad. El resto del libro ha sido en realidad una preparación para este encuentro.

Los poemas, de desigual número de versos –oscilan entre los de cuatro y cincuenta y siete versos, si bien abundan los

de mediana factura— están compuestos de versos libres de muy largo aliento y de vers culos, que se alternan ocasionalmente con versos menores, discursivamente apropiados para la acumulación de imágenes y series de enumeraciones y comparaciones poéticas y, en el caso de los de corta andadura, para administrar los significativos silencios y procurar la sorpresa gracias a los encabalgamientos de palabras, imágenes e ideas poéticas. Estos versos y vers culos, esos cincelados y calculados para producir su efecto, con lo que afirmo que no son fruto de una escritura que propicie el puro automatismo psíquico, se sitúan en la estela del surrealismo no solo por razones de su extensión sino también por llenarse de imágenes visionarias y ricas, arriesgadas metáforas que sorprenden por su belleza, originalidad y calado y muy especialmente por la abundancia de símbolos. A ello hay que añadirle el eficaz uso de la adjetivación y el empleo de un léxico muy rico que muestra un profundo conocimiento de las cosas del campo, de la naturaleza y de una cultura en su esencia agraria, que eleva a dignidad poética, además del específico caudal lingüístico que nombra la cultura de Tartessos.

En cuanto a la enunciación poética se refiere, esta se efectúa a través de una voz en primera persona, la del sujeto poemático o yo poético, que en no pocos poemas se desdobra en una segunda persona como un modo discursivo de penetrar en su propio pensamiento y conciencia manteniendo así un diálogo interiorizado consigo mismo, lo que resulta muy apropiado para sostener ese interno debate poético acerca del proceso de su nacimiento a la conciencia y de su identidad. Pondere un ejemplo y subrayaré estas voces. En el poema XI de la primera parte, el primero donde aparece este recurso, leemos:

Veías al alcaravan incrustado en el crepusculo,
llegaba perdido en alas de aparente sombra,
mas solo era un signo que *creías* reconocer.
Y mientras *abría* el corazon al gemido de la soledad
vagando por los campos,
rumiaba, sonoro, el tiempo en los cencerros.

Hasta aqu mis palabras de presentacion de un libro que, tal vez aquejado de milenarismo, constituye una inmersion en el sueno de la busqueda de una suerte de identidad esencial andaluza que diseminara por el suroeste de nuestra pen nsula la cultura tartesica hasta su abrupta desaparicion en el siglo VI antes de nuestra era. Historicamente esta busqueda no haya claro sustento argumentativo, pero poeticamente, es decir, en el territorio de la ficcion verbal, cabe este proyecto, del que nos queda un hermoso mosaico formado por las teselas de ochenta y tres poemas en los que se crea un mundo que encuentra su referencia en la mirada estetica de Manuel Gonzalez Perez y en los paisajes y gentes que esta contiene de la Andaluc a atlantica. El conocimiento de este mundo poetico es toda una aventura para el lector.

Antonio Chicharro